

EL ECO DE OCCIDENTE.

PERIÓDICO DE CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Núm. 5.

Domingo 29 de Agosto de 1852.

Año 1.º

APUNTES HISTORICOS

sobre el descubrimiento y paso del cabo de Buena
Esperanza.

(CONTINUACION.)



BARTOLOMÉ DIAZ.



RA el año de 1486.

Reinaba ya en Portugal D. Juan II, apellidado el *Príncipe perfecto*.

Diego Cano había llegado, en un viaje prodigioso que hizo el primer año del reinado de Don Juan, hasta el río Zairo, esto es, mil trescientas leguas al S. de Lisboa.....

El límite de Africa no se encontraba todavía.

Entonces el nuevo soberano se dedicó, durante un lustro, á reconocer las ricas costas de Guinea: esplotar sus inmensas utilidades y echar los cimientos de un puerto, un castillo y una iglesia, que poco á poco llegaron á ser una ciudad.

Esta ciudad existe y se llama *la Mina*.

Por lo demas la corona de Portugal había obtenido del Papa la investidura de todos los descubrimientos hechos y que se hiciesen hácia el Sur desde el cabo Bojador.

Esta donacion la solicitó D. Enrique á Martin V., quien la otorgó, siendo despues ratificada por todos los Pontífices que siguieron hasta Sixto IV.

En virtud de estas garantías, se resolvió Don Juan II á terminar aquel dilatado empeño de robar sus secretos al Océano; y para realizarlo, despues de vacilar mucho tiempo en la eleccion del comandante para la expedicion que proyectaba, se fijó en un hidalgo de provincia que no desmintió sus esperanzas.

Era este el caballero Bartolomé Diaz.

Dispuesto todo para la arriesgada empresa, el día 12 de Agosto del citado año de 1486, se dieron á la vela tres buques en el puerto de Lisboa, donde una inmensa multitud saludaba á los intrépidos aventureros.

Dos de estos buques eran de á 50 toneladas, y en uno de ellos iba Diaz, como jefe de la expedicion, ocupando el otro Juan Infante, célebre marino del Rey.

En la tercera embarcacion, que era mas pequeña, iban los bastimentos.

La navegacion se presentó feliz: un viento propicio los impelia, y antes de una semana llegaron á Tenerife, donde hicieron agua.

Pasaron sin contratiempo el terrible cabo Bojador, y el día 21 de Setiembre se encontraron con el sol sobre la línea equinocial.

Bartolomé Diaz no queria, como sus predecesores, navegar con las costas á la vista, sino que con una audacia inaudita se engolfaba en alta mar. La tripulacion, temerosa de estraviarse, pretestaba para ocultar su miedo, que era mejor ir cerca de las costas, y así verian las rarezas de aquellos paises; pero Diaz les contestaba que todo aquello lo habían visitado otros portugueses; que cuando llegasen donde nadie había llegado, verian cosas dignas de admirarse.

Pasaron el estenso golfo de Guinea, y un mes despues anclaron en la embocadura del Zairo, último pais visitado por los europeos.

Allí envió Diaz á unos negros del reino de Benin, que le acompañaban como intérpretes, y por ellos supo de los habitantes del Congo, que no eran desatinadas sus ideas con respecto al cabo que buscaba.

Levaron anclas y avanzó otras ciento veinte leguas, tomando fondo cerca de dos grados al Sur del trópico de Capricornio, en la embocadura de un río, que llamó de *los Elefantes*, por los muchos que vieron á lo lejos en sus orillas.

El comandante saltó á tierra con un marino, á quien distinguia con muchas deferencias, y el cual no era otro que Bartolomé Colon, hermano del célebre Cristobal, que ya recorría la Europa mendigando á los reyes cuatro tablas y un lienzo con que darles el mundo que adivinaba en el Occidente.

Los dos Bartolomé subieron las márgenes del río, y al poco tiempo se encontraron con una media docena de salvajes negros, desnudos, feísimos y de mas de siete pies de altura, los cuales bogaban tranquilamente en un tronco de árbol ahuecado al fuego, comiéndose un hipopotamo.

Luego que se calmó la mucha sorpresa de aquellos hombres tan distintos, preguntóles Colon, por medio de los negros del Congo, que quienes eran; y contestaron enfáticamente:

—Los *Kuakua*!

Estaban en el país de los hotentotes.

Aquellos gigantes (no tanto como se les supone) eran tan estúpidos que casi no tenían memoria; desconocían el pudor y hasta carecían de idioma, pues la mayor parte de sus sentimientos los expresaban con ahullidos salvajes.

Sin embargo, se consideraban muy superiores en ilustración y cultura á otra nación que dijeron hallarse al Mediodía, compuesta de hombres que vivían en los bosques y que se llamaban los *Bosge-manes*.

Aquel clima era templado, y cuando llegaron allá los portugueses, que fué á mediados de Octubre, concluía el invierno.

Díaz, asombrado del estado en que se hallaba la humanidad en aquella región, y sin declinar un punto de su arrojo, mandó levar anclas, lleno de una confianza sublime en Dios y en su fortuna.

Entonces con una inesplicable osadía, sin más observar las costas, medir los grados, ni tomar la altura del sol, lanzó sus naves hacia el polo meridional.

Perdió la tierra de vista y aun siguió su prodigiosa carrera: pero pronto vé que las olas se embravecen; el huracán participa del furor que á él le anima, y ya no puede detenerse.

Gira sin saber á dónde: unas furiosas corrientes le arrastran; el vendabal le impele; pero su entusiasmo no vacila.

La tripulación aterrada piensa que Dios cierra el paso á la osadía del hombre.....

Díaz, inflamado de fé y de confianza, solo cree ver en aquella tempestad el último grito de los mares que se rasgan y le abren camino para los palacios de la aurora.

Al fin después de tres días de aquella navegación extraordinaria, maravillosa, indescriptible, en que mil veces estuvieron espuestos á encallar en arrecifes, á ser tragados por las olas y destrozados por el huracán, les arrojó la tormenta en una bahía baja y arenosa.

Llamáronla de las vacas, por las muchas que encontraron pastando; las que fueron abandonadas por los negros, que al ver á los portugueses se refugiaron en un bosque.

Por lo demás, habían doblado el cabo tan deseado y tan temible..... pero lo ignoraban.

Siguieron, pues, caminando al Este, temerosos de que el África volviese á estenderse al Sur, como sucedió en el golfo de Guinea; y así llegaron á la bahía de Lagoa.

Allí se le sublevó á Díaz la tripulación, queriendo obligarle á volverse; pues el barco en que iban las provisiones se había perdido en la precedente borrasca.

Díaz suplicó que le dejaran avanzar otras 25 leguas, ofreciendo que entonces se volvería.

Pero ni aun ese corto tiempo fué necesario: pocas horas después advirtió, temblando de gozo, que las tierras se inclinaban al Septentrion.

—Compañeros, exclamó entonces el bizarro marino ¡á Portugal! ¡nuestra es la victoria! ¡Hace tres días que doblamos el último cabo de África!

—¿Y cuál fué, mi comandante? preguntó Bartolomé Colon.

—El de las tormentas, respondió Díaz; aquel

en que estuvimos tan espuestos á perecer.

Y por esto llamó algún tiempo á aquel cabo el *Tormentorio*.

Arribaron los portugueses á una pequeña isla, que llamaron de Santa Cruz, situada enfrente de la Cafrería; y reparadas las averías de las naves y hechas algunas provisiones, levaron anclas, después de dejar un padrón ó señal, para reconocer fácilmente la isla cuando volviesen á aquellas remotísimas playas.

En seguida viraron de bordo, y con el fin de conocer la verdadera posición del cabo, no se apartaron de las costas.

Díaz no se había engañado.

El límite de África era el cabo de las Tormentas.

Pero las mismas corrientes que antes les perjudicaban, ahora les eran propicias; y así pudieron doblarlo fácilmente. Luego, poniendo la proa al N., navegaron hacia los lares patrios, ébrios de entusiasmo y de alegría, llegando á Lisboa en Diciembre de 1487, diez y seis meses y medio después de su partida.

Inesplicable fué el júbilo de D. Juan II al saber que Díaz había estado al lado allá de la Zona Tórrida, y mayor todavía cuando le participó que había descubierto el fin de África.

Preguntóle el Rey que cómo había llamado á aquel paraje tan importante.

—Señor, dijo Díaz, he sido justo: aquel cabo será el de las Tormentas.

—No quiera Dios, respondió el monarca, que conserve un nombre de tan mal agüero!..... Que se le llame CABO DE BUENA-ESPERANZA!

Y esto lo dijo por la que abrigaba de llegar á la India por aquel camino.

W.H.

Hemos enarrado una serie de proezas, de rasgos de valor, de arriesgadas expediciones.

Desde D. Enrique el Navegante hasta Bartolomé Díaz; desde el grande pensador hasta el insignificante aventurero; desde el que concibió al que ejecutó la empresa, porque ejecutada estaba, hemos visto desfilar á nuestros ojos una multitud de valientes marineros y esforzados capitanes; verdaderos héroes, puesto que entraron á luchar con las olas, sin probabilidades de vencer, y marcharon siempre impávidos á través de los peligros.

Pues bien: la historia, con un laconismo injusto y por no descender á largas enumeraciones ó á pormenores prolijos, ha aglomerado todos esos laureles sobre una sola frente, y ha circundado con la aureola de tanta gloria, que no era suya, á un hombre que ahora se presenta por primera vez, para ocupar su hueco en la larga galería de grandes aventureros, que estamos recorriendo en estos apuntes.

Ser afortunado como pocos, cantará el cisne del Tajo su expedición: la historia le colocará entre Colon y Magallanes, al lado de Davys y de Cook: la posteridad reasumirá en su nombre toda la grandeza marítima de los portugueses en el siglo XV, y el viajero lusitano no apurará un cáliz de amargura, como el navegante genoves, al saber que el

mundo de Occidente no se llamaba *Colombia*, sino *América!*

Y ahora registremos nuevamente la historia, y veamos á qué se redujo la innegable gloria del hombre que nos sugiere estos pensamientos.

(CONCLUIRÁ.)

El Escelentísimo Señor

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO

honra las columnas de este periódico con la composicion poética que insertamos á continuacion. Los trabajos literarios que tan distinguido personage nos facilite en lo sucesivo, los acojeremos con entusiasmo.

A CABIW.

Soñó la antigüedad alma hermosa,
De la espuma del ponto hija lozana,
Por quien la rosa recibió su grana,
Quien domoñó de Marte la bravura.

Soñó tambien, con célica apostura,
Etérea vírgen que de Jove emana;
La que de oliva y láuro se engalana,
De ingenio y fortaleza deidad pura.

Ilusiones de vaga fantasía,
No hubieron ser..... Pero lució tu estrella,
Y el sueño en realidad tornóse al verte.

¡Perla de nuestro mar de Andalucía!
Tú eres mas que la Vénus alba y bella:
Tú eres mas que la Pálas noble y fuerte!

J. F. PACHECO.

¡LO QUE ES EL MUNDO!!

Poesia dedicada á mi apreciable amigo el señor

don Manuel Maria Hazañas.

A ti, Hazañas, mi amistad
te dedica esta memoria,

acójela con bondad
porque está escrita en verdad
sin pretensiones de gloria.

Solo el cariño me obliga
en asunto tan profundo
á que mi musa te diga,
(quiera Dios que lo consiga)
amigo.... ¡lo que es el mundo!

Mira del hombre el destino
en el hecho de nacer,
Dios le marcó su camino
y Dios le indicó su sino
al sacarlo del no ser.

Solo el supremo Hacedor
del hombre sabe la suerte,
Dios, sabio legislador
fijó una ley superior
ley terrible..... la de muerte.

«Todos habeis de morir»
dijo.... y se cumplió su empeño,
se afana el hombre en vivir
y ¿que vé en su porvenir?
que esta vida es solo un sueño.

Viene á este mundo engañoso
y trae sus ojos vendidos,
si piensa será dichoso
se engaña, pues el reposo
le quitarán los cuidados.

Porque tendrá que vivir
sujeto á la sociedad
y dejará de existir
sin que pueda conseguir
un calmante á su ansiedad.

Reinan en ella el engaño,
la perfidia y la traicion,
cada dia un desengaño
le causará un nuevo daño
que le dará una leccion.

¿Ves aquel hombre afanoso
que con semblante severo
tiene trazas de ambicioso?
Es un solemne tramposo,
es un tirano usurero.

Revolviendo está en su mente
de la amistad al abrigo
cual es el modo patente
de vivir el insolente
aun á costa de su amigo.

¿No ves aquel caballero
que haciéndose el trovador
dice á su dama «te quiero?»
pues bien.... es un embustero
porque es mentira su amor.

Y aquella hermosa muger
que con mil ponderaciones
dijo que te amaba ayer.....
No fies de su querer
que todas son ilusiones.

Vuelve la espalda en buen hora
y si á ella llega otro amante
sabrás que de él se enamora
y á tí te vende traidora,

y te olvida en un instante.
¿Ves al marido obsequioso
tipo de amabilidad
de su muger tan celoso?
Solo es así... cariñoso,
mientras está en sociedad.

El mundo que habitas es,
diciéndolo en conclusion,
un verdadero entremés
donde solo hay interés,
falsía, engaño y traicion.

¡Engañosa sociedad!
todo en ella es cumplimiento,
su emblema es la falsedad,
su fin la curiosidad,
y su norte... el fingimiento.

Y es de todo el resultado
según dice la experiencia,
delante, ser adulado,
y ausente ser desollado
sin compasion ni clemencia.

Y aquí amigo, diré en suma
que ya doy fin á mi empresa
porque este calor me abruma,
y se me cansa la pluma,
y se me clava la mesa.

JUSTO FRANCÉS Y FLORÉN.

Madrid 8 de Agosto de 1852.

UN PASEO POR EL MAR.

(Véanse nuestros números 3 y 4.)

III.

La fragata que nos habia recojido á su bordo
era austriaca. Venia de Trieste y parecia correr
tras de horizontes desconocidos aun todavia por los
mas famosos navegantes.

Reinaba en ella un silencio profundo; sentíanse
tan solo los rudos golpes de mar chocando contra
el casco, y de vez en cuando las cadenas de la rueda
del timon marcándole una nueva direccion.

Mi amigo Pablo y yo permanecimos un momen-
to esperando la aparicion del piloto ó el capitan, y
en efecto, de allí á poco se nos presentó una elevada
figura, que acababa de salir por una escotilla.

El aparecido nos dirigió en idioma germánico
algunas frases que no comprendimos, el cual ad-
vinando la causa, cambió de lenguaje y nos dijo en
chapurrado español.

—¿Quién sois? ¿De dónde venis?

Nosotros le contamos nuestra aventura, que no
dejó de enternecer á nuestro interpelante.

—En verdad que es raro vuestro viage, contes-
tó el capitan Spandaw (pues así se llamaba) con un

acento frio, que sin saber por qué herizó mis ca-
bellos..... Pobres náufragos, os habeis salvado de
un peligro pero.....

Un oscuro pensamiento cruzó por su mente y
paralizó su lengua.

—Maese Fritz, gritó con una voz estentórea....
Dónde está ese lobo marino, prosiguió gritando, y
viendo que se tardaba.

—Maese Fritz ha sido atacado, contestó un ma-
rinero que se apareció de pronto.

—¡Mil rayos! exclamó el capitan rechinando los
dientes, si bien reclinando la cabeza como cediendo
á una voluntad superior. Bien..... conducid á estos
dos hombres á una cámara de popa para que des-
cansen.

El mandato del capitan Spandaw fué cumplido.
Entramos en uno de esos camarotes que están in-
mediatos á los puentes y cuyas ventanas son baña-
das por las ondas del mar.

El tiempo seguia cada vez mas borrascoso, si
bien la oscuridad del cielo se habia ido esclarecien-
do á causa de la salida de la luna. Anchas ráfagas
de viento pasaban silvando por nuestro costado.

Habia un farol colgado del techo; mi amigo Pa-
blo acababa de recobrar toda su alegria, y en aquel
momento compaginaba en su viva imaginacion el
término agradable é inesperado de nuestro paseo.

—Segun mi cálculo, mañana arribaremos á Cá-
diz ó algun puerto del litoral de España, y vea usted
aquí, mi querido amigo, hasta de qué medios se va-
le la Providencia para que visitemos nuestra pa-
tria.

—En efecto, contesté distraidamente, pero ¿sa-
be usted una cosa?

—Cual?

—Es un presentimiento lo que pienso decir, pe-
ro que no deja de entristecerme. No bien habiamos
subido á la cubierta de esta fragata senti..... ¿no
sintió usted.....

—Que? me preguntó el señor Pablo.

—Un suspiro, un quejido, un grito.

—Si; lo sentí.

—Despues distinguí claramente que una muger
lloraba..... ¡Oh! aqui en este buque pasa una cosa
terrible.

—¡Bah! ¿está usted soñando? Su imaginacion se
encuentra muy exaltada todavia por el peligro que
acabamos de correr, y esto le hace ver los hechos
por la parte mas lúgubre. Si hubiera usted nave-
gado como yo, no estrañaria ni esos lloriqueos, ni
esos gritos. Un buque es un pueblo que anda, y
no por eso deja de tener sus incidentes como los
de tierra.

—Apesar de tales reflexiones no me tranquilizo.
¿No le choca á usted el silencio que reina en toda
la fragata?

—El señor Pablo soltó la carcajada.

—Poco conoce usted la disciplina de la gente
de mar. En los momentos de peligro, como los que
se están corriendo, cada cual está en su puesto es-
perando que el pito del contramaestre comunique
las órdenes del capitan. En ocasion tan crítica solo
el Océano es el que ruje, y la tempestad es la que
levanta su voz.

Las consideraciones de mi amigo me tranquili-
zaron algun tanto.

—Bien: me convenzo, contesté, pero ¿no reparó usted en el sombrío aspecto del capitán? Su mirada encierra una historia tenebrosa que en vano he pretendido leer..... Su incertidumbre cuando nos recibió á bordo era el presagio de una calamidad.....

—¡Diantre! si la imaginación de usted crea tales fantasmas me vá á hacer pensar en la existencia de ciertas apariciones que cuentan los marineros cuando emprenden algun largo viaje.

Y mi amigo Pablo volvió otra vez á reirse.

Pero en aquel momento sonó un ruido extraño en el mar como si hubiera caído en él un cuerpo pesado; volvióse á repetir este estruendo y yo, arrastrado por una curiosidad superticiosa, me acerqué á la ventanilla del camarote para ver lo que pasaba.

La luna rompía en este instante una estensa nube, alumbrando con su pálido disco las agitadas olas; uno de sus rayos, misterioso y opaco, se estrellaba en los cristales de la ventana y esparcía un círculo de amarilla luz en el mar.

¡Cuál sería mi terror al ver levantarse una ola sobre la que flotaba un cadáver! Si: no era ilusión: un cadáver, tieso, lívido, espantoso, corría sobre la superficie como un espectro que sale de una tumba, y empujado por la marejada venía á golpear con su cabeza los cristales del camarote.

—Venga usted, venga usted, exclamé alargando la mano hácia el señor Pablo.

Este cedió á mi llamamiento persuadido que pasaba una cosa extraordinaria.

—¿Que hay? me preguntó.

Mi dedo crispado le señaló la ventanilla por toda respuesta.

—Cielos! ¡un cadáver! exclamó.... ¡y es de una muger!

—¿De una muger? le interrumpí observando de nuevo.

—Si.

En efecto, el cuerpo que habia pasado ante mi vista no era el que de nuevo se presentaba: aquellos dos cadáveres habian sido arrojados de lo alto del buque á ese inmenso sepulcro que tantos hombres y tantas riquezas ha devorado, y este pensamiento que hirió á un mismo tiempo nuestras imaginaciones, nos hizo mirarnos por un momento con un horror inesplicable.

Mi amigo, mas decidido que yo, corrió hácia el farol, lo descolgó precipitadamente y lo puso en mis manos. En seguida, dando un puñetazo al cristal de la ventanilla, le hizo saltar en mil chispas, y sacando el brazo y mas de medio cuerpo hácia el mar, esperó que la ola que sostenia el cadáver viniese á estrellarse contra el casco del buque.

Así sucedió en efecto, y mi amigo Pablo pudo conseguir afianzar por los cabellos á aquella muger.

—Alumbre usted, me dijo, con una voz sombría.... ahora sabremos á qué atenernos con respecto á este buque misterioso.

Aproximó el cadáver cuanto pudo á la ventanilla, y luego que adquirió una postura mas cómoda, se puso á examinarlo con inmóvil detención.

La fisonomía de la muerta tenia una inmensa espresion de dolor, como si la vida hubiera salido

de aquel cuerpo con extraordinarias angustias. Pálida como el alabastro, descubria los rasgos de una belleza marchitada por la edad, y conocíase en la laxitud de sus miembros que habia espirado hacia poco tiempo. Llevaba en el pecho una preciosa cruz de oro, y se la arranqué con el fin de entregarla al capitán.

Pablo soltó el cadáver, que fué arrastrado por la corriente, y cayó petrificado en un asiento del camarote.

—Está visto, exclamó como si hablara consigo mismo; este buque se encuentra infestado..... esas víctimas han perecido del vómito negro..... ¿Sabe usted, continuó levantándose, lo que es el vómito negro? Es morir de un modo desesperado.... es una tremenda agonía.... ¡Oh! y no hay remedio. Ya no habrá puertos que nos reciban.... ya no hay otra esperanza mas que perecer. No temo á la tempestad, porque desde niño la he sentido mugir sobre mi cabeza, pero temo á esa epidemia que va tocando en la frente de todos los marineros, los aniquila y deja los buques desiertos. ¡Oh! Dios haya perdonado á esos cadáveres..... Dios tenga misericordia de nosotros.

No parece sino que la naturaleza habia esperado aquel momento de terrible inquietud para sacudir sobre nosotros el látigo de su ira.

Ráfagas húmedas y silvadoras de una nueva brisa que picaba de la parte del S. E. pasaron por medio de las jarcias anunciando que un huracán repentino nos iba á sobrecojer, acaso sin estar preparados. El mar formaba inmensas montañas de espuma, la luna se volvió á ocultar entre los sombríos crespones de la tempestad, y un silencio imponente y espantoso sucedió á la agitacion de nuestras almas.

En breve sentimos la voz del capitán dando disposiciones para prepararse contra el chubasco; pero percibimos los tardos pasos de algunos marineros, como si esta pesadez fuese un anuncio de la desesperacion que los dominaba.

—Subamos á cubierta, me dijo Pablo con voz gutural: me ahogaria si continuase en este sitio.

—Subamos, contesté con la tranquilidad automática de un ser que no siente.

Y marché detras de él, acordándome de las oraciones que me habian enseñado en mi juventud.

(CONTINUARÁ.)

PRIMER CANTO DE UN POEMA.

Recordarás ¡oh lector!
(ó al ménos yo así lo espero,
haciéndome este favor)
que en el número primero
del ECO DEL OCCIDENTE,

(periódico en mi sentir
algo del tenor siguiente,
como se suele decir),

y allá en la tercera llana
(que tan mal se me hospedó;
lo que maldita la gana
de reir que me causó.....)

(¡Otra digresión! ¡ya escampa!)
Recordarás que ofrecí
(y lo que se ofrece es trampa,
como dicen por ahí.)

Ofrecí..... (lector, lo siento:
¡te lo juro por Dios vivo!)
meditar el argumento
de este poema que escribo.

Y es el caso..... (¡vive Dios!
¡Hazañas me vá á mondar!)
lector, que, aquí entre los dos,
en él no he vuelto á pensar.

«Quien ofrece de ligero,
«muy despacio se arrepiente.»
..... (1)

Y esto me ha ocurrido á mí.—
¿Con que llenaré este canto?
—Yo no lo sé.—(Mas hé aquí,
que estoy escribiendo en tanto.)

Sé que no ha faltado un crítico
de figura antisocial,
de espíritu paralítico;
pero en ciencias un costal,

que haya dicho que mi prólogo
no tuvo interés dramático,
pareciéndose al monólogo
de algun pobre maniático.....

¡Ah!!!!... ¡Tiene mucha razón!!!!
y le juro que me pesa
de todo mi corazón,
haber soñado esta empresa.

Pero no tiene remedio;
y mal que me pese ya,
tendrá que sufrir el tédio
que devorándome está,

y escuchar este poema
con que á testarazos lidio;
por que sabed que su tema
no es otro QUE MI FASTIDIO.

Con que así, lector amigo,

(1) No me dejará embustero
la Auracana al canto veinte.

te dejo para que escojas;
ó fastidiarte conmigo
ó volver un par de hojas.

Y en tanto proseguiré;
por que si á ciento disgusto,
á los diez que gustaré
dejar burlado no es justo.

La épica trompa empuñando,
he escrito CANTO PRIMERO;
luego debo estar cantando,
á no ser un embustero.

A la verdad, creo que
cantando estoy; y estas frases,
sino son arias, á fé
que son preludios, compases,

arpeggios, una obertura,
la escala, la sinfonia,.....
(hay persona que asegura
que tengo melomania:

Y bien puede ser verdad;
por que á mi me agrada toda
especie de novedad,
y Euterpe se halla de moda.)

Mas basta de digresiones;
no soy Byron ni Espronceda,
y el cortar las narraciones
para esos genios se queda.

Prosigo: CANTO PRIMERO.
(Esta es la tercera vez,
y ya ser formal espero:
porque es mucha pesadez

estar cerca de dos horas
diciendo sin fin ni norte,
lector, lo que tú no ignoras,
sin que saberlo te importe;

y ya es tiempo de atacar
el asunto del poema;
pues temo que ha de cansar
un hombre con tanta flema.)

Pensemos el argumento. (Pausa.)
No...si...ya....(¡Diablo conmigo!)
¿Creereis?....(No?—Pues bien; lo siento!)
¡ah no sé lo que me digo!....

Si...no...¡victoria! ¡He triunfado!
¡Perro! no te escaparás!—
¡Con mi argumento ya he dado!
lector, oye y lo sabrás.

Pero llevo veinte y siete
cuartetos con la actual,
y no quiero que se inquiete
mi huesped:... ¡Punto final!

Mas me debo despedir.....
¿os asustais?—Seré breve—
y os prometo concluir
en la que hace veinte y nueve.

—
¡Hasta la vista, señores!—
abur; pues he escrito tanto,
que sin dar mas pormenores,
salgo aquí del primer canto.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(QUIZAS CONTINÚE.)

Mucho se habrá adelantado en la ciencia de curar: la homeopatía por lo ménos, segun afirman, está siendo el mas ancho y rápido camino á la tierra de promision, lo cual no es un viaje muy deseado ni muy alegre que digamos; pero es lo cierto que nadie se ha ocupado de uno de los males mas contagiosos que figuran en el martirologio de la humanidad. Este mal se llama *esplen*, y hasta el dia su remedio, abandonado á voluntad del paciente, ha consistido en un sendo capuzon en agua dulce, en la dosis de diez y seis adarmes de plomo primorosamente aplicadas por la boca de una pistola, ó en el vuelo descendente de algun alto campanario. Hoy es otra cosa, y por amor al prójimo, aunque hay prójimos que asustan, damos á continuacion la nueva y nunca bien ponderada receta que ha llegado á nuestro poder.

He aquí su contenido:

Específico contra cualquier desazon por grande que sea.

Tómese libra y media de sufrimiento y cuatro onzas de conformidad, comprado en la tienda de la prudencia; se mezcla y se pone con discrecion en un puchero nuevo de los que hay en la alfarería del aguante, y añadiéndole cuatro cuartillos de resignacion que al pormayor hallará el enfermo en el almacen de la contemplacion, se pondrá al fuego lento de la paciencia: despues se filtra por el lienzo de la templanza, y con unas gotas *de que se me dá á mi*, se menea con la cuchara de la tranquilidad hasta quedar hecho un electuario que los inteligentes llaman reflexion cristiana, y se administra de la manera siguiente:

Luego que alguna persona se encuentre sorprendida por el terrible mal, echará en el vaso del silencio un par de cucharadas de dicho electuario, las desleirá con medio cuartillo de desahogo, para quitarle el mal gusto, y lo beberá con mucha devocion. En seguida tomando los saludables polvos de la calle, irá diciendo con la mayor confianza:

¡Caramba! primero soy yo que nadie; pesadumbres no pagan trampas; lo cierto es que al que se muere lo entierran; nada se saca con dar voces; ¿qué necesidad tengo de podrirme? Lo mejor es tomar el tiempo como viene; no hay cosa mas socorrida que un dia tras otro; lo mismo es atras

que á las espaldas; ande la gaita por todo el lugar; mas vale callar que hablar, y últimamente, el mal que no tiene remedio olvidarlo es lo mejor. Se enciende un cigarro con mucha cachaza, se escupe largo, y el *esplen* desaparece.

Tal es la maravillosa receta que nos ha remitido el doctor *sin Cuidado*, y que nosotros publicamos para bien de la humanidad.

UN SUSPIRO.

Tranquilo bastante estaba
Sin angustia, sin dolor,
Y mi númen ya vagaba
Sin saber.... ¿Mas que buscaba?
—Un encanto seductor.

Buscaba mi fantasía
Algun magnético ser,
Que orgullosa suponía
En este mundo existía,
Para causarle placer.

Con frenético deseo
Y con notable ansiedad,
Demandó.... ¡que devaneo!
A la Sífide que veo
Mas radiante de beldad.

A la muger cuyos ojos,
En su notable esplendor,
Flores me dá con abrojos,
Me produce mil sonrojos,
Pesares, llanto y amor.

Y mezclando una esperanza
Con un esquivo ademan,
El sufrimiento me lanza,
De mi dolor la balanza
Inclina al fin, con afan.

Muger, por eso deliro,
Con tan horrible inquietud,
Y mi aliento en tardo giro
Deja en Cádiz un supiro,
Que amarga mi juventud.

EDUARDO DE MIRANDA Y RAMIREZ.

Reyes y emperadores de Roma.

Al tender la vista sobre la ciudad del mundo no puede dejar de estremecerse la imaginacion al con-

templar sus grandes virtudes, sus grandes crímenes y sus grandes triunfos.

Tuvo siete reyes en el espacio de 244 años; fué república 478; el imperio duró desde la proclamación de Augusto hasta la de Odoacro, 506, cuyo total constituye una existencia de 1228 años.

De los siete reyes, dos fueron esencialmente guerreros, uno legislador, tres buenos y el último tirano, fué destronado. Tres murieron asesinados, uno sofocado por un rayo y los restantes fallecieron en su lecho.

De los setenta y tres emperadores, diez y ocho espiraron de enfermedad, vejez y disgusto; diez y nueve fueron asesinados, tres ahogados, uno envenenado, otro suicidado, cuatro degollados, uno muerto por el verdugo, cuatro en el campo de batalla, uno desollado, otro de un derrame de sangre, otro de la caída de un caballo, los restantes desaparecieron oscuramente entre las últimas convulsiones del imperio, pudiéndose asegurar que ninguno pereció tranquilamente. Quince gobernaron con arreglo á justicia, catorce fueron tiranos y crueles, tres esencialmente legisladores, once conquistadores y guerreros, once débiles é inútiles, tres usurpadores. El resto dejó tan escasa memoria que apenas merecen calificación histórica.

Entre los setenta y tres emperadores se cuenta á Pulqueria, esposa de Marciano, digno rival del ferroz Atila.

A LA SEÑORA DOÑA R. M. J. EN SU DIA.

Deme sus ecos la dorada lira
que el vate pulsa, pues cantar pretendo
á la amistad, por quien el alma aspira,
la dulce gratitud que estoy sintiendo.
Si un génio rutilante no me inspira
será tal vez porque cantor no siendo
no podré modular bella armonía
que os felicite en vuestro santo y dia.

Yo quisiera cruzar bosques de flores
y recojer emanaciones puras;
yo quisiera imitar á otros cantores
en sus tiernas y plácidas dulzuras;
que es gloria de los nobles trovadores
anhelar un diluvio de venturas;
mas yo, señora, de encumbrarme á tanto
apenas puedo regular mi canto.

No querré mas que la pesada vida,
carga fatal del corazon llagado,
os sea larga, tranquila y no sentida,
con vuestra madre sin cesar al lado.
Mi profunda amistad no desmentida,
así lo anhela y siempre lo ha anhelado,

y solo espero que esta os sea notoria
en la página fiel de la memoria.

Tambien anhelaré cuando mi acento
llegue hasta vos en tono cadencioso,
fugaz acaso como el ráudo viento,
flevil tal vez cual eco misterioso.
Tambien anhelaré con gran contento,
volvais á este pais de cielo hermoso,
donde os espera la amistad sencilla,
del Guadalete en la funesta orilla.

MANUEL MARIA HAZAÑAS.

SOLUCION

á la cuarta charada publicada en el número anterior.

Equinoccio.

5.^a CHARADA.

Mi primera y mi tercera
juntas amigablemente,
forman el tiempo presente
de un verbo.... bien singular,
en que lector, si acertarlo
quieres sin mucho despecho,
ponte la mano en el pecho
porque alli lo has de encontrar.
Mi segunda y mi tercera
de una ciudad es el nombre
que allá en su entusiasmo el hombre
reina del mundo llamó.
Y mi primera y segunda
componen el apellido,
de un noble bien conocido
con quien Vizcaya se honró.
Y finalmente es mi todo,
invisible y vagoroso,
espíritu misterioso
que nos colma de placer,
bien venga entre los suspiros
de la alborada naciente,
bien posado en el ambiente
del lánguido anochecer.

Se suscribe á este periódico en la imprenta calle del Laurel, número 129, al precio de 4 reales al mes en Cádiz, y 5 fuera, franco el porte.